

LOS NIÑOS PRODIGIO Y EL ESPIRITISMO

11 – 12 – 1.994

Los seres humanos que tienen conciencia de su inferioridad, encuentran en la doctrina de la reencarnación una consoladora esperanza. La aceptación de sus limitaciones no lo deshereda definitivamente del bien supremo. Al contrario lo impulsa al esfuerzo continuo, con la meta de alcanzar el progreso.

La idea de una muerte que acabe con todo lo vivido, establece la preocupación y el dolor del sentimiento de inutilidad de todo logro. En cambio, ante la perspectiva de que todo lo aprendido, constituyen experiencias que dejan su huella, no se pierden nunca, y se acumulan como adquisiciones permanentes y definitivas, que traerá el ser en una nueva oportunidad, las dificultades de la vida, las labores difíciles y todos los esfuerzos cobran una nueva dimensión.

El ánimo se levanta para impulsarlo a trabajar más y mejor, con la seguridad que esa experiencia no se perderá y será empleada con provecho en una nueva vida.

Si la suerte quedara irrevocablemente decidida después de la muerte, se dudaría de la justicia divina pues las acciones de cada una de sus criaturas no estarían pesadas con la misma balanza, ni las habría tratado con imparcialidad. La reencarnación que admite múltiples existencias sucesivas, es la forma más lógica y conforme con la idea de justicia hacia los seres con inferioridad moral, la que puede explicar el porvenir y sustentar las esperanzas de proporcionar medios de enmendar las faltas y los errores, gracias a nuevas experiencias y pruebas.

Los espíritus pueden permanecer estacionarios, pero nunca retroceden; la consecuencia negativa será entonces, no adelantar y estar obligado a empezar otra vez existencias mal empleadas en la esfera que le conviene a su naturaleza.

La inteligencia adquirida por el espíritu no la pierda jamás, pero en una vida encarnada puede carecer de los medios apropiados para manifestarla, dependiendo de su superioridad moral y del cuerpo que forme en el proceso orgánico.

Los seres que habitan en los diferentes mundos tienen un cuerpo material necesario para obrar sobre la materia, más o menos denso, según el grado de pureza alcanzado por el espíritu. En esto consiste la diferencia de los mundos que el espíritu deberá recorrer en su evolución.

A medida que el espíritu se eleva, el cuerpo necesario para expresarse se va modificando en cada experiencia reencarnatoria, tornándose progresivamente menos tosco. La materia es menos densa, las necesidades físicas menos grosera, y disminuye la necesidad de destruirse mutuamente para subsistir.

El espíritu es más libre y posee percepciones más completas y extensas. Lo que veían con los sentidos orgánicos, lo ve entonces, con la percepción del alma mediante el pensamiento.

La purificación de los espíritus se refleja en el perfeccionamiento moral de los seres en los que encarna, en la desaparición de las pasiones animales, y en la transformación del egoísmo en sentimiento de fraternidad. La intuición del porvenir les da una conciencia libre de remordimientos, y hace que la muerte no les cause temor porque la perciben como una simple transformación.

Mientras menos material es el cuerpo, está menos expuesto a las vicisitudes que lo desorganizan, y mientras más puro es el espíritu, menos son las pasiones que lo debilitan.

La vida del espíritu recorre en general, las mismas fases de la vida corporal, pues pasa gradualmente, desde el estado de embrión al de la infancia, para continuar por una serie de períodos hasta la adultez, que es la culminación orgánica. La diferencia estriba que el espíritu no cae en la decrepitud de la vejez, como en la vida orgánica, pues su vida no tendrá fin.

La vida del espíritu se compone, entonces, de una serie de existencias corporales, cada una de las cuales representa para él, una oportunidad de progreso, como cada existencia corporal se compone de una serie de días, en cada uno de los cuales el ser acrecienta su experiencia e instrucción. De la misma manera que durante la vida corporal hay días infructuosos, en la del espíritu hay existencias corporales que no producen resultados, porque no ha sabido aprovecharlos.

Los padres transmiten a sus hijos sólo la vida orgánica, porque el espíritu es indivisible. De allí que la herencia puede transmitir semejanza física, pero no moral. Padres torpes pueden procrear hijos talentosos y viceversa.

Frecuentemente, muchas personas están convencidas que los hijos han heredado características intelectuales y de carácter, de tal o cual miembro de la familia. Sostienen que los atributos negativos son en cierta forma, inevitables, porque la herencia las ha determinado, sin responsabilidad de quien las recibe. De la misma manera, algunas aptitudes destacadas se atribuyen a un regalo fortuito recibido por herencia, de algún antepasado.

Para explicar estos hechos, es necesario comprender que las existencias corporales establecen lazos entre los espíritus, que se remontan a experiencias anteriores, y de allí proceden con frecuencia, las causas de simpatías o antipatías entre las personas, las afinidades en su carácter y la similitud en sus inclinaciones.

Por otra parte, en lo que se refiere a los padres, es innegable la gran influencia que tienen sobre los niños durante su desarrollo, que permitirá la transformación de tendencias e inclinaciones, acción invaluable para promover su progreso mediante la educación.

En las nuevas existencias, el espíritu conserva vestigios de su carácter moral de las vidas anteriores, pero mejorándose cambia. Es el mismo espíritu en las diversas encarnaciones, sus manifestaciones pueden tener ciertas analogías, modificadas, sin embargo, por las costumbres de su nueva posición.

Al reencarnar, el espíritu modela su nuevo cuerpo mediante el periespíritu plástico; olvida momentáneamente su recuerdo de la vida anterior; y se adapta al nuevo organismo modelado de acuerdo a sus cualidades.

Sin embargo, presenta los vestigios de su carácter moral y de lo aprendido en experiencias anteriores, que se manifiestan desde temprana edad, en su expresión del rostro y los ojos, en sus actitudes, sentimientos y reacciones.

Conserva la intuición de sus conocimientos que explican las ideas innatas, la precocidad de las aptitudes, incluso en la genialidad, que si presenta en la tierna niñez da lugar a la denominación de niño prodigio, que asombra por una mayor capacidad para su edad.

La ley de igualdad determina que ningún ser humano, espíritu encarnado, es superior por un don divino. De allí que entendiendo el proceso encarnatorio y los atributos espirituales logrados por cada uno, descarta la injusticia; pues las

adquisiciones son individuales y obtenidas por esfuerzo propio, haciendo uso del libre albedrío y desarrollando la voluntad dirigida hacia el progreso.

De esta manera, está descartado que alguien disfrute de un don especial.

Son múltiples los fenómenos observados como consecuencia de la reencarnación.

Recuerdos espontáneos de vidas anteriores: son frecuentes en los niños antes de los 7 años y se explican por el proceso de integración del espíritu con el nuevo organismo, que se produce en forma paulatina durante ese período. Desde la más lejana antigüedad, existen escritos describiendo estas manifestaciones. En la actualidad, científicos de diversas partes del mundo, en reconocidas y prestigiosas universidades, estudian múltiples casos demostrativos.

Intuición de conocimientos: Platón afirmaba que “aprender es recordar” refiriéndose a la facilidad con que algunas personas podían adquirir nuevos conocimientos. Esta facultad es más notable en los primeros años de vida.

Ideas innatas: Conocimientos sin relación con la vida actual, tendencias y vocaciones.

Precocidad: Conocimientos inusitados por la edad y por las enseñanzas recibidas.

Los niños prodigio asombraron en todos los tiempos, pues sin la convicción de la reencarnación no tienen explicación. Los ejemplos sobran y es imposible abarcarlos todos.

Mozart: es un buen ejemplo. Ejecutaba al piano desde los 4 años, componía música compleja desde los 10 años.

Paganini: ejecutaba el violín con maestría, desde la infancia.

Miguel Ángel: pintaba y esculpía desde niño.

Pascal: descubrió la geometría plana a los 12 años.

Napoleón: en su infancia era un estratega extraordinario con sus soldados de plomo.

Ampere: a los 4 años dominaba el cálculo mental complejo.

Lope de Vega: escribía poesías a los 5 años.

Goethe: escribía en varios idiomas a los 10 años.

Enrique de Heineken: hablaba 3 lenguas a los 3 años de edad, aprendió a escribir y leer en pocos días, conocía geografía e historia. Murió a los 4 años con plena conciencia de su próximo fin y expresando su esperanza en una nueva vida.

Trombetti: hijo de una familia boloñesa, pobre y completamente ignorante, aprendió por su cuenta lenguas vivas y muertas, y múltiples dialectos. A los 12 años dominaba 6 idiomas aprendidos en pocos meses.

Pepito Arriola: a los 3 años de edad tocaba e improvisaba al piano, aunque no sabía leer ni escribir. Fue estudiado por Charles Richet y presentado en el Congreso Internacional de Psicología de París (1.900). Tenía una técnica defectuosa por la pequeñez de su mano, pero una expresión y riqueza interpretativa admirable, con una inventiva e imaginación extraordinaria, incluso para un adulto, que le permitía desarrollar una enorme variedad de sonoridades.

Van der Kerkhoeve: murió a los 10 años dejando 350 pinturas que fueron analizadas por expertos quienes afirmaron que podrían ser firmados por pintores famosos desaparecidos.

Esta lista es sumamente limitada, por una parte porque es imposible incluir a todos los genios reconocidos; pero además, porque tan sólo se conocen los casos de dominio público. Seguramente, son muchos más los casos que no salen del círculo familiar.

La principal hipótesis para explicar la precocidad siempre fue la hereditaria. Sin embargo, queda desmentida por las notables divergencias observadas en las familias estudiadas. Hijos geniales tienen padres mediocres y viceversa, familias sin inteligencia ni cultura se asombran por hijos sobresalientes, gemelos idénticos que difieren diametralmente en sus capacidades e inclinaciones.

La explicación racional es la anterioridad del ser espiritual que ostenta esa capacidad gracias a:

1. Un inmenso trabajo de acrecentamiento.
2. Experiencia acumulada de vida en vida.
3. Familiaridad con las artes o con las ciencias.
4. Los conocimientos almacenados en la conciencia profunda desbordan hacia la conciencia física.

Cada encarnación halla en el alma, que re-edita su vida, una herencia cultural particular, aptitudes, adquisiciones mentales, que explican su facilidad de trabajo y su potencia de asimilación.

La genialidad como la vocación, puede permanecer latente en el inconciente espiritual, archivo de la memoria palingenésica, y emerger ante un estímulo poderoso para estallar en realizaciones positivas.

En el análisis de la genialidad se ha incluido la capacidad de la inspiración, que en ocasiones desborda como un conocimiento repentino que puede ser atribuible a pensamientos ajenos. Se ha dicho que todo genio es médium porque espíritus superiores en el arte o la ciencia que el encarnado desarrolla, le transmiten sus ideas.

La mediumnidad se expresa por el carácter intermitente del talento o el conocimiento, en cambio el prodigio utiliza su talento siempre que quieren.

En algunos casos existe una combinación de ambas causas, es la suma de la adquisición personal del espíritu encarnado y de la inspiración externa de seres que se acercan por afinidad.

León Denis en su obra: "En lo invisible", reconoce en el genio mucho de inspiración, y que esta es una forma de mediumnidad; pero añade que aún en el caso en que esta facultad especial se acusaba netamente, no podía considerarse al hombre de genio como un simple instrumento, lo que es, ante todo el médium propiamente dicho.

El genio es ante todo, una adquisición del pasado, el resultado de pacientes y seculares estudios, de una lenta y dolorosa iniciación. Estos antecedentes han desarrollado en el ser una profunda sensibilidad que le abre a las influencias más elevadas. Existe una diferencia muy sensible entre las manifestaciones intelectuales de los niños prodigio y la mediumnidad tomada en su sentido general. Ésta tiene un carácter intermitente, pasajero, anormal. El médium no puede ejercer su facultad a toda hora, le son precisas condiciones especiales, a veces difíciles de reunir; mientras que los niños prodigio pueden utilizar sus talentos a cada momento, de un modo permanente, como lo haríamos nosotros mismos con nuestras adquisiciones mentales.

Si analizamos con cuidado los casos señalados, reconoceremos que el genio de los niños prodigio, les es bien personal; su aplicación está reglada por su propia voluntad. Sus obras, por originales y asombrosas que parezcan se resienten siempre de su edad y no tienen el carácter que revestirían si emanasen de una alta inteligencia extraña. Hay en su modo de obrar, vacilaciones, tanteos, que no se producirían si fuesen sólo los instrumentos pasivos de una voluntad superior y oculta.

Podría admitirse también, en ciertos individuos, estas dos causas: al adquisición personal y la inspiración exterior, se combinan, se completan una y otra. La doctrina de la reencarnación no quedaría por ello más débil. Es siempre a ella a quien es preciso recurrir cuando se aborde, por cualquier lado, el problema de las desigualdades. Las almas humanas son más o menos desarrolladas, según su edad, y principalmente del empleo que han hecho del tiempo que han vivido. No hemos sido lanzados todos a la misma hora en el torbellino de la vida. No hemos marchado todos al mismo paso, desarrollado del mismo modo el rosario de nuestras existencias. Recorremos una ruta infinita: de ello viene que nuestras situaciones y valía nos parezcan tan diferentes; más el fin es el mismo para todos. Bajo el látigo de las pruebas, bajo el aguijón del dolor, todos suben, todos se elevan. El alma no está completa, va completándose, construyéndose a través del tiempo. Sus facultades, sus cualidades, su haber intelectual y moral, lejos de perderse, se capitalizan, se acrecientan e siglo en siglo.

De aquí la superioridad asombrosa de ciertas almas que han vivido mucho, adquirido mucho y trabajado de verdad. De aquí estos seres extraordinarios que aparecen aquí y allá en la historia, proyectando vivos fulgores sobre la ruta de la humanidad. Su superioridad está fundada en la experiencia y en la labor acumulada.

Considerada bajo esta antorcha, la marcha de la humanidad reviste un carácter grandioso. Desprendiéndose lentamente de la oscuridad de las edades, emerge de las tinieblas de la ignorancia y de la barbarie, avanzando a paso medurado, en medio de los obstáculos y de las tempestades. Y esta marcha colectiva es también la marcha individual, la de cada uno de nosotros; puesto que esta humanidad somos nosotros mismos, son los mismos seres que, después de un tiempo de reposo en el espacio, retornan de siglo en siglo, hasta que cobran experiencia para una sociedad mejor, para un mundo más bello. Vivimos entre las generaciones pasadas y viviremos en las generaciones a venir. En realidad, no formamos más que una inmensa familia humana en marcha para realizar el divino plan escrito en ella.

El recuerdo está momentáneamente velado en nosotros, mas si interrogamos nuestra subconciencia, oiremos salir de sus profundidades, voces tan pronto vagas y confusas, tan pronto clamorosas y vibrantes.

A ciertas horas todo un mundo oscuro, confuso, misterioso, se despierta y vibra en nosotros, un mundo cuyos rumores y lamentos nos conmueven y enervan. Esta es la voz del pasado; es la voz que nos habla en el trance sonambúlico y nos relata las vicisitudes de nuestra pobre alma, errante a través del mundo.

Ella nos dice que nuestro yo actual está hecho de innumerables personalidades que se reúnen en él como los afluentes de un río, que nuestro principio de vida ha animado muchas formas cuyo polvo reposa allá abajo entre los restos de los imperios, bajo los vestigios de las civilizaciones muertas. Todas estas

existencias han dejado, en lo más profundo de nuestro ser, huellas, recuerdos, impresiones imborrables.

El hombre que se estudia y observa, siente que ha vivido y revivirá, hereda de sí mismo, recoge en el presente lo que ha sembrado otra vez y siembra hoy para cosechar en el porvenir.

Así se afirman la belleza y la grandiosidad de esta concepción de las vidas sucesivas, que viene a completar la ley de la evolución entrevista por la ciencia. Ejerciéndose a la vez en todos los dominios, reparte a cada uno, según sus obras y nos muestra, por encima de todo, esta majestuosa ley del progreso que rige el universo y arrastra la vida hacia estados siempre mejores, siempre más bellos”.

“Los inventores, los poetas, los escritores célebres, casi todos aquellos a quienes se califica de genios, tienen los sentidos psíquicos muy desarrollados y reciben las inspiraciones de altas entidades del espacio. Parece como si un vasto programa se desarrollase a través del tiempo. Los inventos, los descubrimientos se suceden en un orden previsto para marcar las etapas de la civilización”.